

— El rey me envía, monseñor, para participaros que tiene muchos deseos de ver á V. A., y á fin de dejarle descansar de sus fatigas ha resuelto venir al castillo de Thierry mañana lo más tarde.

— ¿El rey vá á venir mañana? exclamó Francisco con un movimiento de impaciencia.

Pero casi al mismo tiempo añadió :

— Mañana, mañana; y nada hay dispuesto en el castillo ni en la ciudad para recibir á S. M.

Enrique se inclinó como hombre que transmite una orden, pero que no tiene encargo de comentarla.

— La prisa que tienen SS. MM. de venir á ver á V. A. no les ha permitido pensar en los inconvenientes.

— ¡ Bien, bien! exclamó el príncipe con volubilidad, aprovecharemos el tiempo; os dejo, pues, Enrique; gracias por vuestra celeridad, pues según veo habéis corrido mucho; descansad.

— ¿V. A. no tiene alguna otra orden que comunicarme? preguntó Enrique respetuosamente.

— Ninguna. Acostaos. Os servirán en vuestro cuarto, conde. Yo no tengo mesa esta noche, estoy algo enfermo, inquieto, he perdido el apetito y el sueño, lo cual hace mi vida demasiado sombría y triste para que nadie participe de ella. Á propósito, ¿sabéis la noticia que corre?

— No, monseñor, ¿qué noticia?

— Aurilly ha sido comido por los lobos...

— ¡ Aurilly! exclamó Enrique con sorpresa.

— ¡ Sí!... Devorado... Es cosa particular; todos los que me rodean tienen mala muerte. Buenas noches, conde, dormid bien.

Y el príncipe se alejó con rapidez.

UNIVERSIDAD DE NÚMERO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CARR. 1225 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXVIII

Duda.

Enrique bajó, y al atravesar las antecámaras encontró á varios oficiales conocidos que se dirigieron á él, ofreciéndose amistosamente á conducirle al aposento de su hermano, situado en uno de los ángulos del castillo.

La biblioteca era la habitación que el duque había designado á Joyeuse durante su permanencia en el castillo de Thierry.

Dos salones amueblados como se estilaba en tiempo de Francisco I, se comunicaban entre sí, yendo á parar á la biblioteca, cuya última pieza daba á los jardines.

Joyeuse había mandado colocar su lecho en la

biblioteca, pues aunque algo perezoso, tenía una imaginación bien cultivada, y al mismo tiempo que con sólo extender el brazo encontraba fuente con que aumentar el raudal de su ingenio, si abría la ventana respiraba las emanaciones de la naturaleza. Los hombres dotados de una organización superior, necesitan goces más completos que los que no se hallan en igual caso, y la brisa de la mañana, el canto de los pájaros, ó el perfume de las flores, añadían allí nuevo encanto á las poesías de Clemente Marot ó á las de Ronsard.

Enrique se decidió á conservar todo aquello en el estado en que se hallaba, no porque le conmoviera el sibaritismo poético de su hermano, sino al contrario, por indolencia, y porque le era indiferente estar allí ó en otra parte.

Pero como á pesar de la situación de ánimo en que se encontraba el conde estaba acostumbrado á no descuidar sus deberes para con el rey ó los príncipes de la familia real de Francia, preguntó en qué parte del castillo habitaba el príncipe desde su regreso.

La casualidad envió á Enrique un excelente *cicerone*, á saber: el joven abanderado, que por indiscreción reveló al príncipe el secreto del conde en la aldea de Flandes, donde por un momento hicieron alto nuestros personajes: el referido abanderado no había dejado al príncipe desde su regreso, y podía poner al corriente á Enrique de cuanto deseara saber.

Cuando el príncipe llegó al castillo de Thierry, lo primero que hizo fué buscar el bullicio y la disipación, ocupando los mejores aposentos, recibiendo por mañana y tarde, y persiguiendo durante el día á los ciervos por los bosques, ó paseándose por el jar-

dín; pero así que supo la muerte de Aurilly, muerte cuya noticia llegó al príncipe no se sabe por qué conducto, se retiró á un pabellón situado en medio del jardín. El expresado pabellón, que era una especie de retiro inaccesible para todo el mundo, excepto para los más allegados á la servidumbre del príncipe, estaba oculto bajo unos frondosos árboles, y apenas sobresalía sobre unas gigantescas cercas y por entre la espesura de los setos.

Á este pabellón se había retirado el príncipe hacia dos días; los que no le conocían decían que era el pesar causado por la muerte de Aurilly el que le sumergía en aquella soledad, y los que le conocían opinaban que sin duda meditaba en aquel pabellón alguna obra vergonzosa ó infernal que saldría á luz el día menos pensado.

Cualquiera de esas dos suposiciones era tanto más probable, cuanto que el príncipe daba muestras de desesperarse siempre que un asunto ó una visita le sacaban de su retiro, al cual volvía tan pronto como evacuaba aquél ó despachaba ésta, sirviéndole solamente dos ayudas de cámara viejos que le habían visto nacer.

— Entonces, dijo Enrique, si el príncipe está de tan mal humor, no pueden ser divertidas las fiestas.

— Seguramente, respondió el abanderado, porque todos querrán participar del dolor del príncipe, herido en su orgullo y en sus afecciones.

Enrique continuó preguntando sin querer, y tomando cierto extraño interés en sus preguntas; la muerte de Aurilly, á quién había conocido en la corte y vuelto á ver en Flandes, la especie de indiferencia

con que el príncipe le había anunciado la pérdida que había sufrido, y hasta la reclusión á que, según decían, se había condenado desde que supo aquella muerte, todo tenía relación, según él, á la trama misteriosa y sombría sobre la cual estaban grabados hacía algún tiempo los acontecimientos de su vida.

— ¿Y no se sabe, preguntó el conde, cómo ha llegado á noticia del príncipe la muerte de Aurilly?

— No.

— ¿Pero al fin, insistió, algo contarán sobre ese triste acontecimiento?

— ¡Oh! sí, dijo el abanderado; cierto ó falso, algo se dice.

— Pues bien, sepamos.

— Se dice que el príncipe estaba cazando á orillas del río y que se había separado de los demás cazadores, porque él es extremado en todo, así en la caza como en el juego, lo mismo en sus distracciones que en su dolor, cuando de repente se le vió venir con el rostro consternado.

Los cortesanos le preguntaron, pensando que no se trataba más que de una simple aventura de caza.

Traía en la mano dos cartuchos de oro.

— ¿Queréis creerme una cosa, señores? dijo con voz alterada: Aurilly ha muerto devorado por los lobos.

— Sí, señores, continuó el príncipe al ver los ademanes con que todos expresaban su sorpresa, el pobre tocador de laúd tenía más de músico que de jinete. Parece que se le desbocó el caballo y que cayó en un barranco, donde debió perecer, pues al día siguiente dos viajeros que pasaban cerca de aquel ba-

ranco hallaron su cuerpo medio comido por los lobos, y la prueba de que esto ha pasado así y que los ladrones no han tenido la menor parte en la muerte del pobre músico, son estos dos cartuchos de oro que tenía en el bolsillo y que han sido fielmente entregados.

Y como no se había visto á nadie traer esos dos cartuchos de dinero, prosiguió el abanderado, se supuso que habían sido entregados al príncipe por aquellos dos viajeros, que habiéndole encontrado y reconocido en la orilla del río, le dieron la noticia de la muerte de Aurilly.

— Es extraño, murmuró Enrique.

— Tanto más, continuó el abanderado, cuanto que, según se dice, no sé si con razón ó sin ella, han visto al príncipe abrir la puertecita del parque, del lado de los castaños; y pasar por esta puerta como dos sombras. Luego el príncipe ha hecho entrar en el parque á dos personas, probablemente á dos viajeros, y desde entonces ha emigrado á su pabellón, sin que podamos verle sino á hurtadillas.

— ¿Y nadie ha visto á esos dos viajeros? preguntó Enrique.

— Yo, dijo el abanderado, al ir á tomar la consigna de la noche para la guardia del castillo, encontré en la habitación de S. A. un hombre que me pareció extraño á la servidumbre, pero cuya fisonomía no pude ver, porque se volvió de espaldas á mi entrada, y por haberse echado hasta los ojos la capucha de su gabardina.

— ¿La capucha de su gabardina decís?

— Sí, ese hombre parecía un campesino flamenco,

y no sé por qué, me ha recordado al que os acompañaba cuando nos encontramos allá abajo.

Enrique se estremeció, uniendo en el acto esta observación al interés sordo y tenaz que le inspiraba aquella historia, y como también había visto á Diana y á su compañero confiados á Aurilly, no pudo menos de creer que eran conocidos suyos los dos viajeros que habían comunicado al príncipe la muerte del desgraciado músico.

Enrique miró atentamente al abanderado y le preguntó :

— ¿Y cuando creísteis haber reconocido á ese hombre, qué idea os ocurrió ?

— He aquí lo que pienso, respondió el abanderado, sin embargo no quisiera afirmar nada. El príncipe no ha renunciado sin duda á sus proyectos sobre Flandes, y al efecto mantiene sus espías : el hombre de la gabardina es uno de estos que en su excursión habrá sabido la desgracia ocurrida al músico y habrá traído dos noticias á la vez.

— Es muy verosímil, dijo Enrique reflexionando, ¿pero este hombre qué hacía cuando le visteis ?

— Le vi marchar á lo largo del vallado del jardín ; desde vuestras ventanas podéis ver ese vallado, y dirigirse hacia los invernaderos.

— Entonces veríais á los dos viajeros, porque según decís, eran dos.

— Dicen que han visto entrar á dos personas, pero yo no he visto más que una sola : al hombre de la gabardina.

— Entonces, según vos, el hombre de la gabardina habitará en los invernaderos.

— Es probable.

— ¿Y esos invernaderos á dónde tienen salida ?

— Á la población.

Enrique permaneció algún tiempo en silencio ; su corazón latía con violencia, porque todos aquellos pormenores, indiferentes para él en la apariencia, le inspiraban un interés inmenso.

Entretanto había llegado la noche y los dos jóvenes estaban hablando á oscuras en el aposento de Joyeuse.

Fatigado del viaje, aturdido con los extraños sucesos que acababa de oír, y sin fuerzas para resistir las emociones que sentía, el conde se tendió sobre el lecho de su hermano y clavó maquinalmente la vista en el azul del cielo, que parecía estrellado de diamantes.

El joven abanderado estaba sentado sobre el antepecho de la ventana, y también se dejaba llevar de ese abandono de la imaginación, de esa poesía innata en la juventud ; ese letargo de bienestar que causa la frescura embalsamada de la noche.

En el jardín y la población reinaba el mayor silencio ; cerrábanse las puertas, encendíanse las luces poco á poco, y los perros ladraban á lo lejos, en las perreras, á los criados que estaban encargados de cerrar de noche las cuadras.

De pronto se levantó el abanderado, hizo con la mano una seña para fijar la atención del conde, asomóse á la ventana, y llamando en voz baja á aquél, le dijo :

— Venid acá, conde, venid.

— ¿Pues qué hay ? preguntó Enrique saliendo repentinamente de su sueño.

- Ya tenemos ahí al hombre.
- ¿Qué hombre?
- El de la gabardina, el espía.
- ¡Oh! dijo Enrique saltando desde la cama á la ventana, y apoyándose en el hombro del abanderado.
- Mirad, continuó el abanderado; ¿le veis allá abajo? Va costeando el seto; esperad y veréis cómo vuelve á aparecer; fijad ahora la vista en aquel espacio iluminado por la luna; allí está, allí está.
- Efectivamente.
- ¿No es verdad que es una aparición fatídica?
- Sin duda, respondió Du Bouchage, inmutándose también.
- ¿Creéis que sea un espía?
- Ni lo creo ni lo dejo de creer.
- Mirad cómo se dirige del pabellón del príncipe al invernáculo.
- ¿Está allí el pabellón? preguntó Du Bouchage señalando con el dedo al punto de donde al parecer venía el desconocido.
- ¿Veis esa luz que oscila en medio de los árboles?
- Sí.
- Pues ese es el comedor.
- ¡Ah! exclamó Enrique, miradle otra vez.
- Nada; está visto que se dirige al invernáculo para reunirse con su compañero. ¿Oís?
- ¿El qué?
- El ruido de una llave al meterla en la cerradura.
- Es cosa muy extraña, dijo el conde, á pesar de que esto nada tiene de particular...
- ¿Os estremecéis? ¿no es eso?

- Sí, dijo el conde; ¿pero qué más hay?
- En aquel momento se oyó una especie de campana.
- Tocaban á comer, dijo el abanderado. ¿Queréis acompañarnos, conde?
- No, gracias, nada necesito, y cuando tenga hambre llamaré.
- No esperéis á eso, y venid á divertirnos en nuestra compañía.
- Me es imposible.
- ¿Por qué?
- Porque casi me ha mandado S. A. R. que disponga me sirvan en mi aposento; pero no quiero que por mi tardéis.
- Gracias, conde, buenas noches, y vigila bien á nuestro fantasma.
- Os respondo de que así lo haré, á no ser, continuó Enrique temiendo haber dicho demasiado, á no ser que me asalte el sueño, lo cual me parece más probable y más sano que andar acechando sombras y espías.
- De seguro, dijo el abanderado riéndose. Y se despidió de Du Bouchage.
- Apenas había salido de la biblioteca, cuando Enrique se lanzó al jardín, murmurando:
- ¡Oh! es Remigio, es Remigio; le conocería hasta en las tinieblas del infierno.
- Y conociendo el joven que le temblaban las rodillas, se llevó sus húmedas manos á la frente, la cual despedía fuego.
- ¡Dios mío! dijo, ¿será engaño de mi pobre imaginación, ó está escrito que ora duerma, ora esté despierto, sea de noche ó de día, he de ver esas dos

figuras que han abierto en mi vida un surco tan hondo? Efectivamente, continuó como hombre que conocía era preciso dominarse, ¿por qué ha de estar aquí, y en este palacio, y al lado del duque de Anjou, Remigio? ¿Qué habrá venido á hacer? ¿Qué relaciones tiene con él el duque? ¿Cómo, en fin, habrá dejado á Diana, siendo, como era, su inseparable compañero? No, no es él.

Luego dispó su duda, como por instinto, una convicción tan íntima y profunda, que murmuró desesperado apoyándose en la pared para no dar con su cuerpo en tierra:

— Es él, es él.

Apenas acababa de formular este pensamiento, que dominó todos los demás, volvió á sonar el ruido de la cerradura, y aunque era casi imperceptible, lo oyó.

Entonces sintió en todo su cuerpo un estremecimiento inexplicable, y se puso á escuchar de nuevo.

Tal era el silencio que reinaba en su derredor, que oía los latidos de su propio corazón.

Unos cuantos minutos trascurrieron sin que viese aparecer lo que esperaba.

Sin embargo, el oído le decía que alguien se acercaba, porque oía como ruido de pasos en la arena.

De pronto se abrió la línea negra que formaban los hojaranzos, y le pareció que en aquel fondo sombrío se movía un grupo más sombrío todavía.

— Ya vuelve, murmuró Enrique. ¿Vendrá solo ó acompañado?

El grupo avanzaba por la parte en que la luna alumbraba un espacio de terreno vacío, debiendo

recordar que cuando el hombre de la gabardina atravesaba aquel espacio en dirección opuesta, fué cuando Enrique creyó conocer desde la ventana á Remigio.

Aquella vez vió Enrique perfectamente dos sombras, sin que le quedase la menor duda.

Un frío mortal penetró su corazón, convirtiéndole en una estatua de mármol.

Las dos sombras andaban con velocidad, si bien con paso firme, llevando la primera una gabardina de lana, y el conde creyó conocer á Remigio, lo mismo que antes.

La que iba detrás no podía ser analizada, porque iba completamente envuelta en una capa de hombre.

Sin embargo, Enrique creyó adivinar lo que nadie hubiera podido ver, y exhaló una especie de lastimero rugido.

En seguida, así que los dos misteriosos personajes desaparecieron detrás de los hojaranzos, el joven corrió tras ellos y fué penetrando de bosquecillo en bosquecillo en pos de aquellos á quienes se había propuesto conocer.

— ¡Oh! decía sin dejar de andar, ¿me habré engañado? ¡Dios mío! ¿Será posible?